



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

A ver, según la Academia, “jugar” es hacer algo con alegría y con el sólo fin de entretenerse o divertirse. Entonces ir al cine sería jugar, bailar sería jugar... pero no son jugar.

-¿Por qué?

No lo sé, pero no lo son. ¿Por qué no lo sé? No lo sé, pero nunca decimos que uno juega cuando está bailando, cuando está yendo al cine, o cuando se está comiendo un helado, que es algo que también hace uno para divertirse. O cuando va a ver un partido de fútbol, también es hacer algo sólo por entretenerse o divertirse, pero no es jugar. Jugar al fútbol sí. No sé si jugar al fútbol cuando te pagan es jugar, quizá en un sentido amplio. Pues no sé qué es jugar.

Por lo tanto, no sabría decir qué es un juego. Todos más o menos tenemos una idea de que cuando un niño está moviendo una ramita de un lado para otro está jugando con ella, o de que cuando está corriendo por ahí está jugando, pero en cambio cuando está leyendo un cuento probablemente pensaremos que no está jugando. No sé, no sé por qué, no sé qué tienen en común todas las actividades que denominamos juego, y no sabría definirlo mejor que la academia.

A ver, los niños en la actualidad hay pocos y sobre todo pasan muy poco tiempo con sus padres. Nunca antes se había dado el caso de que tantos niños se escolarizasen tan pronto y pasasen tantas horas en la escuela o con otras personas que no son sus padres. Y por otra parte, nunca antes quizás se había dado el caso de que los padres sintieran que su deber es estar la mayor parte del tiempo haciendo cosas con los hijos, es decir, es como si los padres se hubieran concentrado, poquitas horas pero ahora a los niños hay que contarles cuentos, hay que pasearlos, hay que entretenerlos, hay que jugar con ellos, hay que enseñarles cosas, hay que acompañarlos, cuando antes los padres sólo hacían esas cosas un ratito al día pero el resto del día aunque no estuvieran haciendo nada directamente estaban allí, disponibles. Disponibles significa que no estabas para lo que los padres querían, sino para lo que quería el niño, que podía jugar solo o podía llamarte o podía enseñarte algo o podía volverse a ir. Y eso es bueno o malo, pero no lo sé.

No sé si es bueno o malo el que los padres estén tan concentrados durante esas horas, creo que sí que es malo el que durante las otras horas los padres estén ausentes. No creo que sea buena idea que los niños pasen tanto tiempo desde tan pequeños separados de sus padres y es un problema serio, es un problema que se da más en España que en otros países europeos. Y bueno, no sé qué consecuencias va a tener esto, pero desde luego, si yo fuera niño no me gustaría.

Desde el punto de vista puramente físico, pues mientras haya alguien que alimente, que limpie y que abrigue, pues todo va bien. Desde el punto de vista psicológico, pues no es lo mismo, para el niño no es lo mismo estar con su cuidador habitual que estar con diversas personas. Claro, para algunos niños el cuidador habitual no es la madre, sino la niñera, y en ese caso lo que es duro para ese niño es separarse de su niñera. Los niños establecen una primera relación afectiva con una persona, sólo con una, con su cuidador primario, a partir de ahí establecen otras relaciones secundarias con otras personas, pero de entrada tiene que haber una que es básica. Y cuando esa persona que es básica está ausente, desaparece, el niño lo pasa mal.

Bueno, pues, porque nos separamos, es decir, el niño no se va solo. El niño pasa poco tiempo con los padres porque lo dejamos con los abuelos, lo dejamos con canguros, lo dejamos en la guardería. ¿Y por qué? Porque nos hemos convencido a nosotros mismos de que eso es, primero, posible y, segundo, conveniente o necesario. Mis padres no querían eso. Claro se podría también usar el argumento de que es que en España sólo hay dieciséis



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

semanas de permiso maternal, mientras que en otros países europeos hay más de un año. Pero es que cuando yo era pequeño hace cincuenta y tantos años, había todavía menos de dieciséis semanas de permiso maternal. Pero no por ello mi madre pensaba que fuera normal a las dieciséis semanas dejar a un niño en una guardería, ella no lo hizo. Entonces, una cosa es lo que el Estado de alguna manera pague o subvencione, y otra cosa es lo que tengamos que hacer o lo que nuestros hijos necesiten. Hemos llegado a aceptar, no entiendo por qué, que si el Estado ha decidido que se conceden dieciséis semanas de permiso retribuido de maternidad es porque los niños sólo necesitan a sus padres dieciséis semanas y ya está, pues no, no es lo mismo.

A ver, un niño necesita cariño y atención. Por atención se entiende que de alguna manera el adulto responda a lo que el niño está pidiendo en ese momento, porque ojo, se puede coger a un niño en brazos pero no prestarle atención ni hacerle caso. Cuando un niño llora se le puede consolar intentando averiguar qué le pasa o intentando solucionarlo, o se le puede consolar o intentar consolar con frases como “no llores que te pones muy feo”, y en el fondo lo que estamos haciendo es no hacerle caso, negar su sufrimiento, no darle importancia. Entonces, necesita cariño, necesita verdadera atención y necesita que, en general, ese cariño y esa atención sea prestado por unas personas concretas, es decir, un niño no puede ir pasando de mano en mano, un niño necesita tener un cuidador primario, que normalmente sería la madre, y unos pocos cuidadores secundarios que de vez en cuando se puedan hacer cargo de él. Es decir, que tampoco sería conveniente que en una guardería la profesora cambiase cada mes, no sería bueno para los niños.

A ver, el juego es importante para el desarrollo pero eso debería ser un secreto y no sé si es bueno que la gente lo sepa. El juego libre, porque por desgracia lo que los niños realmente necesitan es juego libre y eso es lo que cada vez tienen menos, cada vez más los niños en vez de tener tiempo y libertad para hacer lo que quieren, son controlados por los adultos. Ya no juegan en la calle, porque hay coches y porque no sé qué, sino que los apuntamos a sitios especiales, a escuelas de verano, a centros infantiles y juveniles, los apuntamos a sitios donde hay monitores que han hecho cursillos para poder orientar y dirigir el juego de los niños, y allí les explica las reglas, “y ahora sentaos todos en círculo, y ahora poneos en fila, y ahora el primero tiene que pasar por aquí y agarrar el no sé qué y llevarlo a no sé dónde, entonces el que hace no sé cuántos gana...” Los apuntamos a deportes, los niños ya no juegan simplemente en el patio o en la plaza a la pelota, los niños se apuntan a baloncesto, se apuntan a fútbol y tienen un entrenador. No es lo mismo, es decir, el recreo no es lo mismo que la clase de gimnasia, son cosas distintas.

Si nos paramos a pensar, casi todas las cosas que sabemos las aprendimos jugando. Es decir, de lo que estudiaste en el colegio, ¿de qué cosas se acuerda un adulto? Un adulto se acuerda de leer y escribir, de sumar, multiplicar, tal vez incluso dividir, no sé cuántos ya podrían dividir sin la calculadora, pero ¿cuántos adultos sacarían una raíz cuadrada, o dividirían por Ruffini o multiplicarían polinomios? ¿O cuántos adultos se acuerdan de los ríos de Europa y sus afluentes? ¿O cuántos adultos podrían aprobar ahora un examen de Historia? ¿O hacer un cálculo con logaritmos o senos y cosenos? La inmensa mayoría de las cosas que estudiamos en la escuela las hemos olvidado.

Y sin embargo, hay un montón de cosas que necesitamos para nuestra vida cotidiana y si no las supiéramos hacer sencillamente nuestra vida sería imposible. Por ejemplo, sabemos sentarnos y levantarnos de una silla. Para hacer esto yo necesito contraer un montón de músculos que siendo médico como soy no recuerdo ni cómo se llaman ni dónde están, y si en alguno de esos músculos me equivocase, lo contrajese un poco más o un poco menos que el músculo del otro lado, me caería al suelo, y sin embargo me levanto sin pensar con toda tranquilidad. Puedo caminar, puedo correr, puedo abrir una puerta, puedo sacar cosas de la nevera y volverlas a meter, puedo subir



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

y bajar una escalera, puedo agarrar un vaso de agua con la fuerza exacta para que ni se caiga ni romper el cristal apretando demasiado, puedo llevarme la comida a la boca y masticar, puedo relacionarme con otras personas, puedo hablar con ellas. Sé cómo tratar a distintas personas, sé a qué personas les puedo decir “hola, macho, ¿cómo estás?” y a qué personas les tengo que decir “buenos días”.

Y todas esas cosas las he aprendido fuera de la escuela o como mínimo fuera de las lecciones de la escuela, tal vez algunas las he aprendido en el patio de la escuela. La mayoría de esas cosas ya las sabía hacer antes de empezar la escuela, no se puede decir lo mismo de los niños de ahora, porque empiezan la escuela a los cuatro meses, pero yo, que empecé la escuela a los cinco años, ya sabía andar, ya sabía subir escaleras, ya sabía coger un vaso de agua. Todas esas cosas las aprendemos jugando, es decir, jamás nuestros padres nos dicen: “Hijo mío, mira, hoy te voy a explicar cómo coger el vaso de agua, fíjate. No, no, no aprietes tanto, mira, pon el pulgar por este lado y los dedos por el otro.”; “Mira, ahora te voy a explicar cómo se sube una escalera, fíjate, tienes que subir la pierna derecha, así, hasta esta altura, ahora ponla en el escalón, muy bien, ahora sube el culo y pon la otra pierna...” No, jamás nadie nos explica eso, lo aprendemos todo jugando una y mil veces, y una y mil veces. Y el niño cada cosa que encuentra la analiza, la toca la chupa, la huele, la tira, está estudiando, está investigando, es decir, no le basta saber cómo es un objeto, necesita saber a qué huele, a qué sabe, cuánta fuerza hace falta para romperlo, qué ruido hace cuando cae al suelo, y una vez y otra vez, practicando con todo, ensayando con todo, probándolo todo. Más tarde haciendo juegos de relación social, juegos en los que habla con otros niños y más adelante ensaya la vida de los adultos. “Y ahora vamos a jugar a médicos, y ahora a maestros, y ahora a policías, y ahora jugaremos a que tú hacías no sé qué y entonces yo era no sé cuánto.” Todo eso no es que sea importante, es que es imprescindible, es decir, un niño que no hubiera hecho nada de eso sería un inútil total, no podría vivir. Pero pienso que es importante que la gente no sepa que eso es muy importante, porque si la gente sabe que eso es muy importante empezarán a quererlo controlar, como por desgracia ya está pasando.

Es importante que la gente no sepa lo importante que es el juego, porque cuando la gente no lo sabe, cuando durante siglos no lo ha sabido, hemos dejado que los niños jugasen en paz. Pero es empezar a comprender la importancia del juego y empezar a querer controlarlo, empezar a querer ponerle normas, expertos, monitores y entrenadores que enseñen a jugar a los niños, y entonces hay una manera correcta y una manera incorrecta de jugar. Y es un desastre porque, por ejemplo, hace años que sabemos que los niños a los que se les cuenta un cuento adquieren más vocabulario, bueno, parece lógico, claro, si oyes muchas palabras distintas pues las irás aprendiendo, digo yo, si no las oyes nunca cómo las vas a aprender. Pero claro, ¿cómo se hicieron esos estudios? Pues se comparó familias en las que los padres tenían costumbre de contar cuentos para dormir a los niños y familias en las que no tenían esa costumbre, y se vio el vocabulario que tenían los niños a una determinada edad. Pero ¿por qué esos padres estaban contando cuentos? ¿Por qué sabían que mejoraba el vocabulario? No, porque aún no habían hecho el estudio, esos padres contaban cuentos porque querían contar cuentos a sus hijos, porque disfrutaban haciéndolo, porque era una parte agradable de su vida, y el niño los escuchaba porque era agradable. Claro, desde el momento en que se publican esos estudios pues empieza a haber padres que deciden contar cuentos a sus hijos porque así aumentará su vocabulario, y entonces de mayores tendrán mejores notas, y entonces se sacarán una oposición a notario... De hecho, a veces ya no se le llama contar un cuento, entonces ya es “estimular al niño”, ya es una estimulación verbal, cognitiva, se buscan palabras más raras, jugar ya no es jugar y un cuento ya no es un cuento. Pero claro, ya no es lo mismo. Si un padre cuenta un cuento porque lo disfruta, pues está feliz haciéndolo, y si al niño le gusta, está feliz escuchándolo, y si un día el niño no tiene ganas de cuento y empieza a distraerse y hacer otra cosa, el padre cierra el cuento y dice “bueno, ¿pues hoy qué quieres hacer?”. Pero si un padre piensa que tiene que contar cuentos para que el niño aumente el vocabulario, entonces ya no es una diversión, es un deber y tienes que hacerlo, y ya no es el mejor momento del día, que vienes cansado del



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

trabajo y por fin puedes disfrutar con tu hijo, sino que es “vengo cansado del trabajo y encima tengo que contarle el cuento”. Y ya no es un momento agradable para el padre y probablemente entonces tampoco será un momento agradable para el hijo, y si el niño se distrae “pero fíjate bien, que te estoy contando un cuento, tienes que estar más atento cuando te cuento un cuento”. “Papá, papá, ¿qué es un príncipe?” “Ya te dije ayer lo que era un príncipe, a ver si estamos más atentos cuando te cuento el cuento.” No es lo mismo.

No es lo mismo que el niño juegue con una pelota o que el niño salte escalones o que el niño haga psicomotricidad. No es lo mismo, desde el momento en que le ponemos esos nombres, les cambiamos el objetivo lo estamos probablemente estropeando todo. Claro, podrá haber algunos padres que llamándole psicomotricidad o llamándole estimulación pues lo hagan con la misma alegría y funcione igual de bien, pero en otras ocasiones no se da así, en otras ocasiones lo que debería haber sido juego se convierte en técnica, se convierte en enseñanza, en educación, y acaba perdiendo todo su sentido.

Lo primero es ver si hay una enfermedad o no, porque desgraciadamente se ha medicalizado tanto la vida, y esta medicalización en estos momentos es una cosa curiosa, la medicalización de la vida parece estar encabezada por las llamadas medicinas alternativas. Cerca de mi casa han abierto un local que en la puerta ponía “Tetería – Terapias”, es decir, puedes ir a tomarte un té o hacerte una terapia. ¿Terapia de qué? A ver, si yo estoy enfermo voy al médico, no a un bar. Entonces “terapia” ha pasado a significar algo que la gente hace cuando está sana “pues mira, voy a hacer una terapia”, pues no, a ver, la terapia es para los enfermos. Para algunos enfermos el juego puede ser muy útil. Es cierto que los niños con problemas psicológicos por medio del juego pueden expresar mejor lo que sienten que no si el psicólogo les pregunta “¿cómo te sientes?”. Eso funcionaría con un adulto pero no funciona con un niño, es mejor darles juguetes y que el niño pueda jugar con ellos y así es como expresa sus sentimientos. Es cierto que niños con una cierta dificultad visual, motora, lo que sea, con unos juegos adecuados pueden mejorar eso. Pero claro, hemos de ser conscientes de que eso, siendo una terapia de juego, tampoco es el juego, es decir, no podemos decir “como este niño ha pasado dos horas con el terapeuta ocupacional jugando ahora ya puede pasar toda la tarde haciendo deberes, porque ya ha jugado bastante.” No, no, ese niño ha pasado dos horas en un tratamiento médico que necesitaba y que probablemente le va muy bien, pero luego además tiene que jugar como todos los niños, eso es distinto.

Una de dos, o estamos haciendo algo que provoca que los niños de ahora estén mucho más hiperactivos que los de antes y si es así, debemos ver qué es y dejar de hacerlo, o estamos diagnosticando como hiperactivos niños que no tienen una enfermedad, que simplemente son niños movidos, activos, juguetones, quizá un poco más movidos que los otros, pero eso creo que no es una enfermedad. Creo que probablemente hay una combinación de las dos cosas. Hay una sociedad que tiende a poner nerviosos a los niños, ¿por qué?, pues por lo que decíamos antes, porque pasan mucho tiempo desde muy pequeños separados de sus padres y de sus cuidadores primarios, porque les damos poco tiempo de juego libre, porque no les dejamos. Bueno, lo que se había hecho siempre, “desbravarse”. ¿“Desbravarse” es una catalanada o se dice en castellano también? ¿Sí?

Pues eso, que los niños siempre se había dicho “necesitan desfogarse, necesitan desbravarse”, necesitan jugar, y cada vez tienen menos tiempo para hacer eso, es decir, por un lado los estamos poniendo más nerviosos, pero por otra parte también somos cada vez menos capaces de tolerar la conducta normal de los niños, cuando yo al colegio éramos cuarenta o cincuenta en una clase, y nuestros profesores bueno, se las arreglaban. Y claro que había unos más movidos y otros menos, y unos que hablaban y otros que no hablaban, y unos que atendían y otros que no atendían, pero bueno, nuestros profesores se las arreglaban y ninguno de mis cuarenta y nueve compañeros ni estaba diagnosticado ni tomaba pastillitas para estarse quieto.



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

Nunca antes habíamos exigido como ahora una conducta tan estrictamente ordenada de los niños. Antes se decía que bueno, “uy, los niños ya se sabe”, “los niños siempre serán niños”... Hoy en día todos tienen que hacer exactamente lo mismo en el mismo momento, la misma hora... se habla de tener rutinas. ¿Rutinas? Mis padres jamás pensaron que yo necesitase tener una rutina. Mis padres creían que yo tenía que hacer los deberes, tenía que lavarme los dientes, pero ¿tener una rutina?, mis padres no usaban esa palabra. Entonces hemos querido organizar hasta tal punto la vida de nuestros hijos que al que se desvía lo más mínimo de ese ideal de niño, que todos tienen que ser así, pues al psicólogo. Antes al que se desviaba mucho mucho, a lo mejor le castigaban. Ahora no, ahora no es castigo, es psicólogo, pero ya es desde el primer desvío, ya el que dice una palabra más alta que otra, el que se mueve un poco más, el que no se está quieto en la silla, el que no aguarda su turno, el que no comparte sus juguetes, pum, pum, pum, todos al psicólogo.

Lo que siempre me ha sorprendido, sin embargo, como pediatra, es que la escuela en España no parece dispuesta a admitir culpas. A ver si me explico, los médicos sabemos que a veces cometemos errores. Los médicos, de hecho, tenemos un seguro de responsabilidad civil por si comentemos errores. Estudiamos los errores que cometemos, tenemos una palabra especial para eso, le llamamos “iatrogenia”, “el daño que hace un médico”. Y hacemos estudios mirando en qué fallamos y cuál sería la mejor manera de intentar corregirlo y también sabemos que tenemos limitaciones, “mira, yo de esto no entiendo, tiene usted que ir al especialista de cardiología, tiene usted que ir al especialista endocrino porque yo no sé más sobre lo que usted tiene”. Y sin embargo, como pediatra, a menudo me venían padres y madres explicándome que en la escuela les habían dicho a sus hijos que el niño es listo pero no ese esfuerzo. O bien oyes la otra versión que no me la solían contar los padres porque quizá no habían tenido el valor de decírsela directamente a los padres, pero te llega por otros caminos de “es que estos niños en su casa no le ponen límites y no le ponen normas y por eso es mal estudiante y por eso saca malas notas”. Nunca oí el comentario de “mire, es que en esta escuela no sabemos estimular bien a su hijo, enseñarle bien, sería mejor que fuera a otra escuela distinta, con otro profesor distinto, que le enseñaría mejor.” Nunca oyes un análisis de que “a lo mejor las escuelas o los profesores cometemos fallos o tenemos inadecuaciones o incapacidades que influyen en el fracaso escolar.” El fracaso escolar parece ser siempre culpa o de los niños o de los padres o de la sociedad.

El tiempo que tienen los niños para jugar libremente es escaso. Por un lado tienen muchas horas de escuela, muchos se quedan a comer, yo no me quedé a comer en la escuela hasta la universidad, muchos tienen actividades extraescolares, que curiosamente nunca son juego libre. Incluso me da la impresión de que estaría mal visto, ¿no? Es decir, si unos padres apuntan a su hijo a inglés o a baloncesto, piensan que lo están haciendo bien, que no lo han apuntado mal, en cambio, si simplemente en la escuela dijeran “miren, los niños que no puedan pasar ustedes a recogerlos a las cinco se pueden quedar hasta las siete aquí jugando en el patio, habrá un profesor que vigile para que no se maten y esto costaría tanto al mes.” Probablemente muy pocos padres los apuntarían porque pensarían como que están perdiendo el tiempo o como que le estoy fallando, lo estoy dejando ahí abandonado en el patio de la escuela cuando podría apuntarlo a baloncesto. Pues ojalá tuvieran más tiempo para jugar tranquilo en el patio de la escuela al menos. ¿Dónde estábamos? Pues eso, el tiempo, tienen poco tiempo para jugar porque están haciendo otras cosas, y encima buena parte del tiempo que están en su casa y podrían estar haciendo cosas ellos tranquilos se lo come la tele pues menos tiempo le queda todavía.

La Academia Americana de Pediatría recomienda que los niños no estén expuestos a pantallas hasta los 3 años. Y pantallas significa televisiones, tabletas, ordenadores, videoconsolas, teléfonos inteligentes, teléfonos medio tontos, cualquier tipo de pantalla, basados principalmente en que se teme que eso pueda interferir en el desarrollo



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

de su capacidad visual. Es decir, una de las cosas que tienen que aprender los niños es a interpretar lo que ven. Los niños ven al nacer, ven, perfectamente, antes había gente que pensaba que los niños hasta no sé cuántas semanas no abrían los ojos, no, nacen con los ojos abiertos, ven desde el primer momento. Ahora, una cosa es ver y una cosa es saber qué estoy viendo. Que esto es un rectángulo y esto parece un rombo, pero sin embargo es el mismo objeto, simplemente lo he movido un poco. Saber que esto y esto es el mismo objeto lleva meses de práctica. Y por eso los niños todo lo que cogen le hacen así, y así, y así hasta comprobar que es el mismo objeto visto desde todas maneras. Y ver esto moviéndose y saber a dónde va a llegar requiere también meses de práctica, práctica que los niños hacen pues por ejemplo tirándose la pelota uno a otro. Agarrar un objeto en movimiento es hacer un complicadísimo cálculo de a qué velocidad va, en qué dirección va.

Los niños aprenden todas esas cosas viendo escenas del mundo natural. En una escena del mundo natural casi todo está quieto todo el rato, y algunas pequeñas cosas se mueven un poquito. Incluso viendo un partido de fútbol, que pensarías “es una cosa muy animada”, no es un espacio verde en el que unas figuritas se mueven a velocidad humana. En cambio estás viendo una televisión y cada pocas décimas de segundo te cambia por completo. De pronto ves un paisaje, de pronto ves un primer plano de una cara, de pronto ves un anuncio de no sé qué, de pronto ves un anuncio de otra cosa, de pronto suena una explosión, de pronto se vuelve a ver la cara del de antes, de pronto se ve otra cara distinta, ves la cara de una persona mientras está hablando otro. Entonces, viendo ese tipo de cosas los niños no reciben las experiencias necesarias para poder interpretar lo que ven y acostumbrarse a conocer el mundo. Claro, no pasa nada porque estén un ratito así, tienen todo el resto del día, pero probablemente no sería bueno que los niños pequeños pasasen así muchas horas y por eso es por lo que se recomienda hasta los 3 años pues que no vean a pantallas. ¿Qué no vean cuánto? La recomendación es que no vean nada, pero esto es como todo, si dices que no vean nada pues verán un poquito, pero como digamos máximo una hora al día pues algunos acabarán en un ciclo 27:56, así que por si acaso se dice que nada y evidentemente por un ratito no se va a morir nadie.

Eso es en cuanto a la cuestión puramente física, neurológica. Hasta los 3 años no conviene estar expuestos a pantallas. A partir de ahí ya se supone que el niño es capaz de interpretar lo que ve, eso no va a interferir, entonces cuál es el problema. Pues el tiempo que el niño pasa haciendo una cosa no está haciendo otra. Eso ya de entrada es un problema, cuántas horas pasa el niño viendo la televisión o estando con la videoconsola en vez de estar corriendo o saltando. La televisión influye muchísimo por ejemplo en la epidemia de obesidad infantil que sufrimos. Por otra parte está el contenido mismo de lo que el niño está viendo, no es lo mismo estar viendo programas violentos, sexistas, gritos, insultos, que estar viendo un documental de la naturaleza. Y por otra parte en qué medida eso pueda aislar al niño de otros niños. Es decir, en qué medida esté solo en vez de estar relacionándose con la familia o estar jugando con amigos. No es lo mismo estar cuatro miembros de una familia en torno a una mesa jugando al parchís que estar cuatro miembros de una familia sentados en un sofá viendo la tele, aunque al menos si están los cuatro juntos algún comentario se hará al respecto, pero no va a ser lo mismo. Muchas veces será “chh, cállate, que estoy oyendo la tele.” Peor todavía si el niño está sencillamente solo viendo la tele.

Entonces, me preguntabas, todo esto era una breve introducción, me preguntabas sobre videoconsolas y videojuegos. Yo procuraría no dar a los niños videoconsolas o videojuegos hasta que los pidan. Es decir, nunca pensar que la iniciativa debe ser tuya, nunca pensar que los videojuegos son buenos porque estimulan al niño y porque son educativos... No, eso no existe, los videojuegos no son educativos, ni aprendes informática, ni aprendes formas y colores, ni aprendes nada que no pudieras aprender mucho mejor haciendo otra cosa. Ahora, los videojuegos existen y algún día nuestros hijos nos los pedirán. ¿Pues qué hacer? Pues yo procuraría cuando



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

realmente no te queda más remedio, porque te insisten mucho, procuraría que la consola esté en el salón y no en la habitación del niño, es decir, que no sea una manera de aislarse de la familia, sino de estar en el seno de la familia. Creo que es buena idea que la consola esté conectada al televisor. ¿Por qué? Porque así no puedes tener las dos cosas a la vez, o hace consola o ve la televisión. Y pienso que hay que vigilar el tipo de juegos, suelen tener una guía que dice “Guía parental: este juego está recomendado para mayores de 13 o no sé qué”, pues como mínimo seguir eso, como mínimo. Otras veces dices “ostras, este que dice para trece debería ser para veintiocho”, pero bueno, al menos trece, al menos lo que dice ahí. Y pienso que es con los que se pueda o con los que sea mejor jugar dos. Es decir, procurar encontrar juegos que obliguen a nuestro hijo a invitar a un amigo a casa para jugar los dos al mismo juego y no pasarse el día jugando él solo y aislado.

En España en la actualidad está fallando bastante. El otro día oí por enésima vez lo del Informe Pisa, que estamos a la cola de todo y en algún telediario dijeron algo así como “sí, el fallo es que en la escuela española todavía se usa esa educación memorística.” Y mi esposa y yo al instante exclamamos: “¿Memorística? ¡Pero si no aprenden nada!” ¿Qué memorística ni que nada? Comparado con lo que yo estudiaba en la escuela, ver lo que les enseñaban a mis hijos me daba casi un poco de pena, es que se sentía como si les estuviese hacer perder el tiempo. Se ha puesto un poco de moda esa idea de que los niños no tienen que aprender conocimientos concretos porque el mundo cambia tan rápido que los conocimientos de ahora no servirán dentro de veinte años y que lo que tienen que hacer es aprender a estudiar, o aprender a aprender. Creo que eso es una falacia, por una parte, si bien hay cosas que cambian rápidamente, como la informática, hay cosas que no van a cambiar mucho, los ríos de Europa van a seguir siendo los mismos, la historia va a seguir siendo la misma y multiplicar y dividir va a ser igual. Y por otra parte yo como alumno jamás tuve algo llamado “Técnicas de estudio” ni nada por el estilo, no, no, no existía la palabra “Tutorías”, pero aprendí a estudiar. ¿Cómo aprendí a estudiar? Estudiando algo. Los métodos que usé para estudiar Historia y Geografía me han servido más tarde para estudiar otras cosas distintas que me han interesado. Estudiar una cosa y a partir de ahí aprender. Aprender a estudiar en el vacío, aprender a estudiar sin aprender nada concreto... Entonces no sé, yo veía que mis hijos por ejemplo no estudiaban nada sobre ningún emperador romano concreto. Nosotros estudiábamos unos cuantos y que si Marco Aurelio hizo esto, y que si Julio César hizo lo otro... Unas cosas nos olvidábamos, otras no, otras nos suenan... Mis hijos de los romanos estudiaban que no comían patatas porque como no se había descubierto América no había patatas, y que no iban en coches sino en carretas porque todavía no había coches. Que los romanos van en carreta es vox populi. Yo eso no lo estudié, pero es que eso lo que habías visto en una película de romanos ya te das cuenta de cómo iban los romanos, eso no hace falta enseñárselo a los niños, eso lo verán solos. Lo que tendrían que enseñarles, porque eso si no no lo van a aprender nunca, es lo que hizo Julio César, o lo que era la República o lo que era el Imperio, cuál fue la rebelión de los Gracos... Eso es lo que no aprenderán de otra manera y eso es lo que necesitamos transmitir, porque creo que los niños tienen derecho a que les enseñemos las cosas.

Si la forma en que se está enseñando es la correcta, pues de nuevo, en unas escuelas sí y en otras no, unos profesores sí y otros no. Seguro que sigue habiendo excelentes profesores que enseñen muy bien. Ahora, hay un problema, y es que ha bajado incluso la calidad del temario. Por ejemplo, nosotros, con nosotros me refiero a los que iban a clase conmigo. Yo soy de la última generación que hicimos el Bachillerato antiguo, antes de aparecer la EGB. Leíamos y memorizábamos poemas en español y en francés. Ahora los niños no tienen prácticamente lecturas en la escuela, en vez de leer libros clásicos, o novelas de grandes autores, o poemas les dan para leer libros específicamente diseñados para niños, libros muy pequeñitos con frases muy facilitas, con muy poquitas páginas, porque se considera que no pueden llegar más allá. En mi generación Dickens se consideraba literatura juvenil, infantil; ahora, bueno, eso es para filólogos en inglés.



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

¿Eso a qué venía...? Pues eso, si están enseñando adecuadamente... Si ya bajas el listón, si ya bajas el programa, incluso el profesor que lo explique todo perfecto estará explicando muy poca cosa, porque no hay más en el programa. Recuerdo que mis hijos acabaron la EGB, y sólo la EGB es obligatoria, podrían no haber hecho el Bachillerato, y lo único que sabían sobre Napoleón Bonaparte eran cuatro líneas que había en la última lección de su libro de historia: “Después de la Revolución Francesa, un general llamado Napoleón Bonaparte se hizo con el poder.” Ni siquiera sabían que había estado en España, que había habido guerras, contra quién había luchado, que había hecho un código civil, absolutamente nada. Es decir, luego en el Bachillerato el nivel era mucho más alto, casi un cambio tan brusco que yo creo que algunos se quedaban pasmados del susto. Pero se puede acabar la EGB, mucha gente en España no ha hecho más que la EGB. Sabrán más sobre Napoleón si han visto alguna película por la tele que por lo que estudian en el colegio, y eso es un poco triste.

Es decir, los niños jugarán de muchas maneras distintas. Juegan solos, juegan acompañados, juegan con juguetes, juegan sin juguetes, juegan con objetos de la vida cotidiana, juegan a juegos de imitación, o juegan a juegos de imaginación, o juegan a juegos de habilidad, de fuerza, de correr, de saltar... Ahora, la mayoría de los niños pues juegan un poco a todo en un momento o en otro. No sé si realmente habrá niños que el 80% de esos juegos son de un tipo y niños que el 80% de sus juegos sean de otro tipo, ni idea.

Seguimos jugando y a veces también llamamos juegos a cosas que hoy en día no son exactamente juegos, es decir, la gente dice que “juega a la lotería”, o que “juega en el casino”, pero sí, juegos de verdad sí que hacemos. Desde la gente que hace deporte, pero por jugar, es decir, no por ganar una copa, sino por ganar dinero, sino por divertirse; gente que está deseando tener los hijos un poco mayores para poder jugar al parchís con ellos o para poder volver a desempañar ahí el Monopoly o algún juego de aquellos del baúl de los recuerdos y poder jugar otra vez... Sí que jugamos.

A ver, hay juegos en los que lo único que tenemos que hacer es dejar al niño en paz, el niño está por ahí sentado en la alfombra del salón haciendo sus cosas y bueno, pues que haga lo que quiera. Hay juegos en los que tenemos que supervisar al niño por motivos de seguridad, si vamos al campo pues empieza a correr y saltar, hay que ver por donde se sube, por donde se mete y que no se caiga por un agujero. Hay juegos en los que el niño nos pedirá nuestra participación y por supuesto si tenemos tiempo y ganas podemos participar. Hay juegos que nosotros se los enseñaremos al niño, le enseñaremos a jugar al dominó, o le enseñaremos a jugar a las damas o al ajedrez, o le enseñaremos, si es que no le enseñan otros niños mayores que también muchas veces también ocurre pero no siempre hay un niño mayor, pues a veces les tendremos que enseñar a jugar al escondite.

Hombre, el mejor material de juego es la caja en que viene, por supuesto. Los juguetes siempre han existido, hay muñecas romanas en los museos. Nunca había habido tantos, nunca habían sido industrializados, bueno, nada era industrializado porque no había industria, es decir, cada juguete era más o menos un poco distinto, muchos eran caseros. Y quizá lo que vemos ahora es el juguete convertido en símbolo de estatus, es decir, los padres nos vemos en la creencia, necesidad o incluso obligación de comprar a nuestros hijos determinado juego porque pensamos que si no luego pobrecito, va a pasar vergüenza si no tiene el mismo juego que tiene todo el mundo. Si lo que tienes que hacer es regalarle algo a un sobrino piensas que determinada cosa queda fea, se ve pobretona, “esto parece del chino, le debería comprar lo otro”, te planteas.

Y claro, eso está produciendo juegos que cada vez permiten menos juego. Los juguetes más divertidos, también los juguetes que más estimulan la creatividad y la psicomotricidad, pero eso no me importa, porque lo importante, decíamos, es que el niño se divierta y casualmente van las dos cosas juntas, los juguetes más divertidos son aquellos



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

que permiten al niño hacer muchas cosas distintas. Es decir, una muñeca sencillota que lo mismo le das de comer, que la llevas de paseo, que la vistes, que la desvistes, que la peinas. Ahora, una muñeca que específicamente lo único que tienes que hacer es apretarle aquí y dice una frase, pues ya está... la manera correcta de jugar con esta muñeca es apretarle aquí y dirá una frase, y no la laves porque se moja el mecanismo y se estropea. Unas piezas de construcción todas cuadradas, más o menos todas iguales, permiten lo mismo hacer un castillo, que una montaña, que un fuerte, que un no sé qué. Pero hay piezas de construcción específicamente diseñadas que vienen en una caja las piezas justas para montar un avión, y si las pones cada una en su sitio correcto, sale un avión, y si no las pones en su sitio correcto no sale nada y con esas piezas de construcción no se puede hacer ninguna otra cosa. Eso permite mucho menos juego que lo otro.

Yo lo que recuerdo de mi propia infancia y de lo que he visto con mis hijos es que con el juguete, y cuanto más caro, peor, se juega muy poco porque son aburridísimos y con lo que realmente disfrutan son o la caja de cartón grande en la que venía el juguete o incluso, mejor todavía, con la caja de cartón grande en la que venía otra cosa, porque es más grande, es más de cartón, tiene menos colores por tanto se puede pintar, se pueden hacer cosas distintas. O con los tapones de los cartones de leche, o con la caja vacía de galletas, bueno, se pueden hacer milagros con eso. Y eso lo que decidan hacer los niños con eso.

De hecho, muchos padres se quejan: “no, parece mentira, tanto pedir el juego del no sé qué y ahora mira, ahí muerto de risa, no le hace caso”. Bueno, a ver, es que tienes que comprender que tu hijo ha sido engañado por la publicidad, tienes que comprender que en algunos países, si mal no recuerdo en Suecia, en Quebec y no sé si en alguno más, está completamente prohibida la publicidad dedicada a los niños, que nuestro país no solamente no está prohibida, sino que durante mes y medio antes de navidad es un auténtico continuo bombardeo, están engañando a nuestros hijos para que nos pidan con insistencia juguetes que son una birria, juguetes que no permiten jugar. Insisten, insisten, lloran, lloran, se los compramos, intentan jugar durante un par de horitas, se aburren con ellos y acaban jugando con una caja de cartón, como todo el mundo, con cosas divertidas.

Pues no sé, probablemente encontraréis lo que busquéis, ¿no? Es decir, primero tenéis que decidir a dónde vais a ir a grabar a qué niños y en qué momentos. Si vas a los columpios verás a un niño columpiándose, si vas a la playa verás a un niño haciendo castillitos de arena, si vas al patio de una escuela, verás a niños corriendo, persiguiéndose o jugando a la pelota, y si vas al salón de casa verás a niños con la consola o haciendo construcciones en el suelo, depende.

Anda, un documental... Pues no sé... a mí me gustaron mucho los de animales.

No, mira, animales haciendo unas cosas y otras, pero bueno, a ver, los documentales de volcanes también están muy bien, los de meteoritos, los de danzas regionales son divertidos también.

Bueno... recuerdo larguísimas horas de sublime aburrimiento pasadas jugando a un juego que no tenía nombre, que era muy antiguo, había sido de mi hermano mayor y que eran unas piecitas y unas figuritas con las que se podía hacer una granja, una estación de tren o varias cosas más y se podía combinar todo, es decir, podías poner la estación de tren con vacas... Y, por cierto, he dicho de sublime aburrimiento porque pienso que aunque dice el diccionario que el juego es para divertirse, también muchas veces jugando te aburres, pero tampoco está mal. Y algunos de los mejores recuerdos que tengo de mi infancia son de cuando me aburría, son de cuando me pasaba horas viendo resbalar las gotas de lluvia por el cristal de la ventana a ver cuál llegaba antes abajo, o cuando me pasaba horas mirando en el tejado de la casa de enfrente un gato que subía o bajaba o no hacía absolutamente nada, pero que a lo mejor en cualquier momento se pondría a subir o a bajar. Y no me parecía mal aburrirme, y sin



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA



Carlos González

Pediatra autor de libros como “Bésame mucho” o “Mi niño no me come”

embargo llegué a ver los primeros momentos de ese mito, de esa costumbre tan extendida hoy en día, de impedir a cualquier costa que se aburran los niños, que hagan algo que aproveche el tiempo.

De hecho, el primer año, creo que yo debía tener unos 9 o 10, el primer año que la escuela de los salesianos donde yo estudiaba se les ocurrió hacer unas actividades veraniegas a los que los niños se podían apuntar para ir allí unas horas durante el verano, se llamaba “Movimiento anti-ocio”, ese era el título, “MAO”, Movimiento anti-ocio. “Nos apuntaréis al MAO.” Por suerte, me apunté al MAO y era aburrido igual así que tampoco fue tan desastroso, pero bueno, ya el nombre te indica algo. Y ahora eso es prácticamente una obsesión, y el resultado pienso que está siendo, no sé si de esa manera estamos contribuyendo al asunto este de la hiperactividad. Nos pasamos los primeros años estimulando a los niños y luego pretendemos que se estén quietos, cuando prácticamente se les ha prohibido la posibilidad de estarse quietos. Es decir, les hemos dicho que es malo, les hemos dicho que estarse en una silla sin hacer nada, o mirando un papel que ya lo han mirado mil veces, o mirando por la ventana, o rascándose las narices. Les hemos dicho que eso es malo, que tienen que ir a jugar, que tienen que ir a hacer algo, que tienen que leer un libro, que tienen que hacer los deberes... Los periódicos ahora tienen una sección fija allí entre el horóscopo y el crucigrama que son “Actividades con niños”. A mis padres jamás se les habría pasado por la cabeza una actividad con niños, pero qué cosa más ridícula. Una actividad con niños...



IMAGINELEPHANTS

UNA EXPERIENCIA SOBRE EL JUEGO Y LA INFANCIA